

“Hay tantas maneras de leer literaria como personas, probablemente, pero lo importante es encarar la literatura como se puede encarar el arte, la música, el baile, los cuadros, es decir un zambullirse, un “estar en”, dejarse llevar, y en todo caso la reflexión vendrá después o simultáneamente”.

Laura Devetach

Hoy la escuela tiene el desafío de proponer lecturas significativas que impliquen para cada alumno el reconocimiento del texto literario y la construcción de una interpretación personal que le permita incorporar su experiencia, sus saberes, su mundo y su propia voz.

La literatura es un camino venturoso que nos lleva al descubrimiento del mundo y de nosotros mismos. Por ello, los docentes realizamos una selección de textos de diferentes autores, con el fin de ofrecerles a los alumnos una amplia y variada cantidad de obras literarias. Con ellas no solo propiciamos el desarrollo de la imaginación, la lectura por placer, la exploración de sus sensaciones y de sus sentimientos en el marco de la lectura literaria, sino que además los invitamos a lanzarse a la aventura “atrevida” de repensar las ideas de otros, de inventar mundos. Y de este modo también los incentivamos a socializar lo que van leyendo con los compañeros, ya que la riqueza de las interpretaciones se amplía con los intercambios que las lecturas generan.

Esta “Antología literaria” reúne obras literarias de tradición oral (relatos, cuentos, mitos, fábulas, leyendas, parábolas, romances, coplas) y obras literarias de autor (novelas, cuentos, relatos, poesías, canciones, obras de teatros, entre otras) ofreciendo al alumnado la posibilidad de conocer algunas reglas de los géneros seleccionados, identificar estrategias narrativas, definir características de los personajes, entre otras.

“Leer vale la pena... Convertirse en lector vale la pena... Lectura a lectura, el lector —todo lector, cualquiera sea su edad, su condición, su circunstancia...— se va volviendo más astuto en la búsqueda de indicios, más libre en pensamiento, más ágil en puntos de vista, más ancho en horizontes, dueño de un universo de significaciones más rico, más resistente y de tramas más sutiles. Lectura a lectura, el lector va construyendo su lugar en el mundo”¹.

¹ Graciela Montes- “La gran ocasión. La escuela como sociedad de lectura”- Buenos Aires, Plan Nacional de Lectura, Ministerio de Educación Ciencia y Tecnología, 2007.

VERDE QUE TE QUIERO VERDE

Laura Devetach

Aquella mañana salió un sol color melón que sacó al hombrecito de la cama tibia.

Se desperezó y dejó escapar, pájaro a pájaro, una bandada de bostezos. Luego corrió a poner la pava roja al fuego.

La pava silbó y se despertó el pájaro que se sacudió y se acercó a beber a la pileta de la cocina.

La pajarita picoteaba migas en la mesa y los pichones se bañaban en tres tacitas para café.

Después se pusieron a silbar como todas las mañanas.

Silbidos enrulados, silbidos color agua fresca y color veleta movida por el viento.

El hombrecito los escuchaba atentamente porque algo raro había en el silbido de los pájaros. Algo parecido a la inquietud.

El día era una sola luz y la casita estaba como recién nacida. Entonces el hombrecito no dio más de ganas de tomar mate, mientras trataba de descifrar qué pasaba con el canto de los pájaros.

Se fue a buscar el mate y ahí vino el lío: no había ni pizca de verde, verde yerba. El mate estaba allí, bocón y solo, tristón y redondo, vacío, con la bombilla desmayada a su lado, porque no había yerba, porque la yerba se había ido con todas las cosas verdes. Nada verde había quedado en los alrededores de la casa.

Ni el canto de los pájaros tenía una pizca de verde.

Al asomarse a la ventana el hombrecito no vio su limonero verde, que de pronto se encendió de limones verdes y le alegraba el día verde durante los tiempos verdes.

Y el hombrecito dio vueltas y vueltas por la casa. Entraba y salía seguido por los pájaros. Hasta que dijo de pronto:

—¡Ah no! — porque se acordó del árbol verde de navidad y de las uvas verdes y de los verdes bichos de luz y del picaflor con chispazos verdes.

Pero sobre todo, del verde, verde, sabor del mate. Y de las hojas del limonero.



—¡Ah no! — dijo.

Ya eran demasiadas cosas que se habían ido por verdes.

Se habían ido las langostas y las lagartijas y los caramelos de menta y las ranas del charco y los zapallitos para hacer rellenos y, y, y.

El hombrecito estaba triste, con una tristeza negra.

Los pájaros, un poco marchitos, trataban de alegrarlo haciéndole piojito con el pico. Ellos también se habían quedado sin el limonero y sin azahares y sin abejas de panzas rayadas que vinieran a zumbar bajo el sol.

La casa era un destello. Pero el hombrecito y los pájaros la estaban viendo un poco gris.



EL HOMBRECITO VERDE

Laura Devetach

Una vez me contaron que alguien contó
que el hombrecito verde de la casa verde del país verde
estaba leyendo un libro verde.

De pronto, toc-toc-toc, sonaron verdes golpes a la puerta
verde. El hombrecito verde abrió y se encontró con el
hombrecito rojo, que se puso más rojo y dijo:

—¡Perdone! Pa... parece que me equivoqué de cuento.

Y el hombrecito verde se quedó verdemente solo. Y yo le escribí
esta historia.

El hombrecito verde de la casa verde del país
verde tenía un pájaro.

Era un pájaro verde de verde vuelo. Vivía en una jaula
verde y picoteaba verdes verdes semillas.



El hombrecito verde cultivaba la tierra verde, tocaba verde
música en su flauta y abría la puerta verde de la jaula para que su
pájaro saliera cuando tuviera ganas.

El pájaro se iba a picotear semillas y volaba verde, verde,
verdemente.



Un día en medio de un verde vuelo, vio unos racimos que le hicieron esponjar las verdes plumas.

El pájaro picoteó verdemente los racimos y sintió una gran alegría color naranja.

Y voló, y su vuelo fue de otro color. Y cantó, y su canto fue de otro color. Cuando llegó a la casita verde, el hombrecito verde lo esperaba con verde sonrisa.

–¡Hola, pájaro! –le dijo.

Y lo miró revolotear sobre el sillón verde, la verde pava y el libro verde.

Pero en cada vuelo verde y en cada trino, el pájaro dejaba manchitas amarillas, pequeños puntos blancos y violetas.

El hombrecito verde vio con asombro cómo el pájaro ponía colores en su sillón verde, en sus cortinas y en su cafetera.

–¡Oh, no! –dijo verdemente alarmado.

Y miró bien a su pájaro verde y lo encontró un poco lila y un poco verde mar.

–¡Oh, no! –dijo, y con verde apuro buscó pintura verde y pintó el pico, pintó las patas, pintó las plumas.

Verde verdemente pintó a su pájaro.

Pero cuando el pájaro cantó, no pudo pintar su canto. Y cuando el pájaro voló, no pudo pintar su vuelo. Todo era verdemente inútil.

Y el hombrecito verde dejó en el suelo el pincel verde y la verde pintura. Se sentó en la alfombra verde sintiendo un burbujeo por todo el cuerpo. Una especie de cosquilla azul.

Y se puso a tocar la flauta verde mirando a lo lejos. Y de la flauta salió una música verdeazulrosa que hizo revolotear celestemente al pájaro.



CUELLO DURO

Elsa Bornemann

— ¡Aaay! ¡No puedo mover el cuello! -gritó de repente la jirafa Caledonia.

Y era cierto: no podía moverlo ni para un costado ni para el otro; ni hacia adelante ni hacia atrás... Su larguísimo cuello parecía almidonado.

Caledonia se puso a llorar. Sus lágrimas cayeron sobre una flor. Sobre la flor estaba sentada una abejita.

— ¡Llueve! -exclamó la abejita. Y miró hacia arriba.

Entonces vio a la jirafa.

— ¿Qué te pasa? ¿Por qué estás llorando?

— ¡Buaaa! ¡No puedo mover el cuello!

— Quédate tranquila. Iré a buscar a la doctora doña vaca.

Y la abejita salió volando hacia el consultorio de la vaca.

Justo en ese momento, la vaca estaba durmiendo sobre la camilla. Al llegar a su consultorio, la abejita se le paró en la oreja y -Bsss... Bsss... Bsss... —le contó lo que le pasaba a la jirafa.

— ¡Por fin una que se enferma! -dijo la vaca, desprecizándose-. Enseguida voy a curarla.

Entonces se puso su delantal y su gorrito blanco y fue a la casa de la jirafa, caminando como sonámbula sobre sus tacos altos.

— Hay que darle masajes —aseguró más tarde, cuando vio a la jirafa—. Pero yo sola no puedo. Necesito ayuda. Su cuello es muy largo.

— Entonces bostezó: -¡Muuuuuuuuuu!— y llamó al burrito.

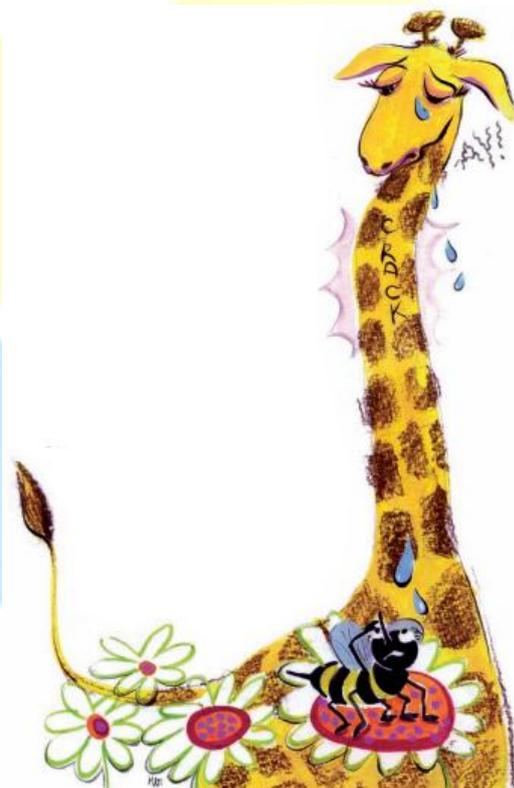
Justo en ese momento, el burrito estaba lavándose los dientes. Sin tragar el agua del buche debido al apuro, se subió en dos patas arriba de la vaca.

— ¡Pero todavía sobraba mucho cuello para masajear!

— Nosotros dos solos no podemos -dijo la vaca.

Entonces, el burrito hizo gárgaras y así llamó al cordero.

Justo en ese momento, el cordero estaba mascando un



chicle de pastito.

Casi ahogado por salir corriendo, se subió en dos patas arriba del burrito.

¡Pero todavía sobraba mucho cuello para masajear!

— Nosotros tres solos no podemos -dijo la vaca.

Entonces, el cordero tosió y así llamó al perro.

Justo en ese momento, el perro estaba saboreando su cuarta copa de sidra.

Bebiéndola rapidito, se subió en dos patas arriba del cordero.

¡Pero todavía sobraba mucho cuello para masajear!

— Nosotros cuatro solos no podemos -dijo la vaca.

Entonces, al perro le dio hipo y así llamó a la gata.

Justo en ese momento, la gata estaba oliendo un perfume de pimienta. Con la nariz llena de cosquillas, se subió en dos patas arriba del perro.

— ¡Pero todavía sobraba mucho cuello para masajear!

— Nosotros cinco solos no podemos -dijo la vaca.

Entonces, la gata estornudó y así llamó a don Conejo.

Justo en ese momento, don conejo estaba jugando a los dados con su coneja y sus conejitos.

Por eso se apareció con la familia entera: su esposa y los veinticuatro hijitos en fila. Y todos ellos se treparon ligerito, saltando de la vaca al burrito, del burrito al cordero, del cordero al perro y del perro a la gata. Después, don Conejo se acomodó en dos patas arriba de la gata. Y sobre don conejo se acomodó su señora, y más arriba también -uno encima del otro- los veinticuatro conejitos.

— ¡Ahora sí que podemos empezar con los masajes! -gritó la vaca-. ¿Están listos muchachos?

— ¡Sí, doctora! -contestaron los treinta animalitos al mismo tiempo.

— ¡A la una... a las dos... y a las tres!

Y todos juntos comenzaron a masajear el cuello de la jirafa Caledonia al compás de una zamba, porque la vaca dijo que la música también era un buen remedio para curar dolores.

Y así fue como -al rato- la jirafa pudo mover su larguísimo cuello otra vez.

— ¡Gracias, amigos! -les dijo contenta-. Ya pueden bajarse todos.

Pero, no señor. Ninguno se movió de su lugar. Les gustaba mucho ser equilibristas. Y entonces -tal como estaban, uno encima del otro- la vaca los fue llevando a cada uno a su casa.

Claro que los primeros que tuvieron que bajarse fueron los conejitos, para que los demás no perdieran el equilibrio...

Después se bajó la gata; más adelante el perro; luego el cordero y por último el burro.

Y la doctora vaca volvió a su consultorio, caminando muy oronda sobre sus tacos altos. Pero ni bien llegó, se quitó los zapatos, el delantal y el gorrito blanco y se echó a dormir sobre la camilla. ¡Estaba cansadísima!



VIAJE AL CENTRO DE LA TIERRA | CAPÍTULO 23

Julio Verne (texto adaptado)

Durante una hora entera cruzaron por mi delirante cerebro todas las razones que habrían podido impulsar el flemático cazador. Bullían en mi mente las ideas más absurdas. ¡Creí volverme loco!

Por fin, escuché ruido de pasos en las profundidades del abismo. Hans regresaba sin duda. Su luz incierta comenzó a reflejarse sobre las paredes, y brilló luego en la abertura del corredor, tras ella, apareció el guía.

Se acercó a mi tío, le puso la mano en el hombro y le despertó con cuidado. Mi tío se levantó, preguntando:

—¿Qué ocurre? ¿Qué sucede?

—Vatten —respondió el cazador.

Yo ignoraba en absoluto el danés, y, sin embargo, entendí instintivamente la palabra pronunciada por nuestro guía.

—¡Agua! ¡Agua! —exclamé palmoteando, gesticulando como un insensato.

—¡Agua! —repitió mi tío—. Hvar? —preguntó al islandés.

—Nedat —respondió éste.

Breves fueron los preparativos de marcha, internándonos en seguida por un corredor que tenía una pendiente de dos pies por toesa.

Una hora más tarde, habíamos avanzado unas mil toesas, aproximadamente, y descendido dos mil pies.

En aquel preciso momento, oímos distintamente un insólito ruido que se transmitía a lo largo de las paredes de granito de la galería, una especie de mugido sordo, como un trueno lejano.

Durante esta primera media hora de marcha, al ver que no tropezábamos con el manantial anunciado, volvieron a avivarse mis angustias; pero entonces explicó mi tío el origen de los ruidos que escuchábamos.

—Hans no se ha engañado —me dijo—; ese rumor que oyes es el mugido de un torrente.

—¿Un torrente? —exclamé.

—Sin duda de ningún género. Un río subterráneo circula en torno nuestro.

Apresuramos el paso, hostigados por la esperanza. El solo ruido del agua ejerció sobre mi organismo un efecto temperante, y dejé de sentir toda fatiga. El torrente, después de haber corrido mucho tiempo por encima de nuestras cabezas, se cambió a la pared de la derecha, mugiendo y dando saltos.

Transcurrió todavía media hora, durante la cual avanzamos otra media legua. Pero el murmullo tendía a disminuir. Si proseguíamos la marcha, nos alejaríamos del torrente toda vez que su murmullo tendía a disminuir.

Retrocedimos un poco y Hans se detuvo en el preciso lugar donde el torrente parecía estar más próximo.

Tomé asiento al lado de la pared, en tanto que las aguas corrían a dos pies de distancia de mí con una violencia extrema. Pero un muro de granito nos separaba aún de ellas. Me abandoné otra vez, momentáneamente, a la desesperación.

Entonces Hans tomó la lámpara y se dirigió a la pared. Yo le seguí sin quitarle la vista de encima. Aplicó el oído a la piedra seca y lo paseó por ella lentamente, escuchando con suma atención. Comprendí que buscaba el punto preciso en que se oyera con más claridad el ruido del torrente.

Por fin, encontró este punto en la pared lateral de la izquierda, a tres pies de elevación.

¡Que emoción tan grande la mía! ¡No osaba adivinar lo que quería hacer el cazador! Pero no tuve más remedio que comprenderlo y aplaudirle, y hasta animarle con mis caricias, cuando le vi coger en sus manos el pico para horadar la roca.

—¡Salvados! —grité—, ¡salvados!

—Sí —repitió mi tío con júbilo frenético! ¡Hans tiene mucha razón! ¡Bien por el cazador! ¡A nosotros no se nos hubiese ocurrido!

¡Ya lo creo que no! Nada más peligroso que atacar con el pico el armazón del globo. ¡Y si sobreveníá un hundimiento que nos aplastase! ¡Y si el torrente, al encontrar salida a través de la roca, nos ahogaba! Estos peligros nada tenían de quiméricos; pero, en aquellas circunstancias, los temores de provocar una inundación o un hundimiento no podían detenernos, y era nuestra sed tan intensa que, con tal de aplacarla, hubiéramos sido capaces de abrir un orificio en el fondo del mismo Océano.

Nuestras manos, impulsadas por la impaciencia, hubieran imprudentemente acelerado nuestros golpes y hecho volar la roca en mil pedazos. El guía, por el contrario, tranquilo y moderado, desgastó poco a poco la roca mediante una serie de pequeños golpes repetidos, hasta abrir un orificio de medio pie de diámetro.

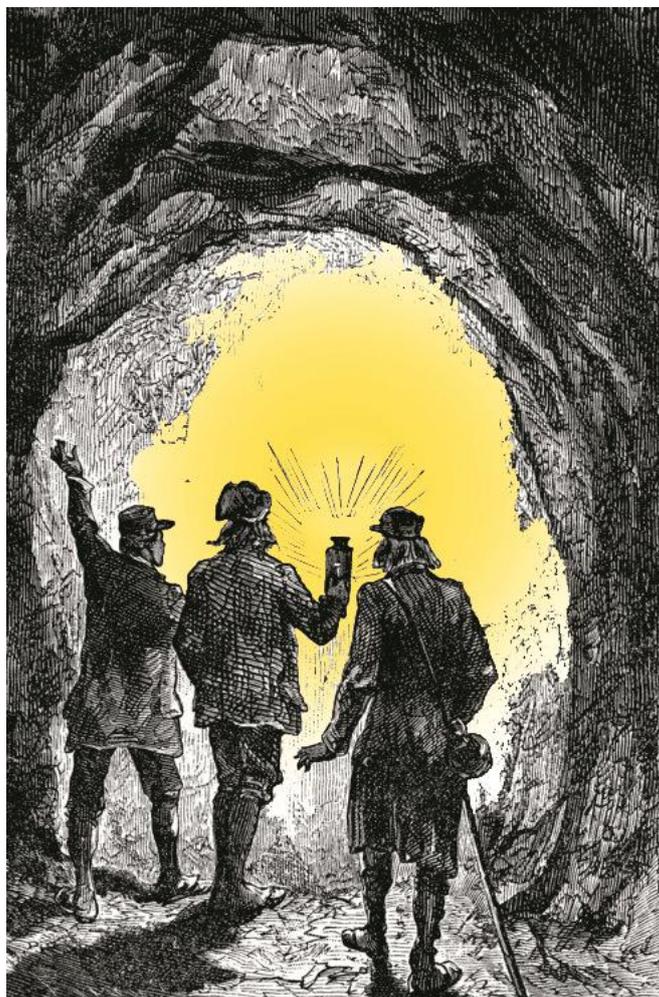
El ruido del torrente aumentaba por momentos, y ya creía sentir que el agua bienhechora humedecía mis ardorosos labios.

Una hora duraba ya la difícil operación y yo me retorcí de impaciencia. Se oyó de repente un silbido, y surgió del orificio, con violencia, un gran chorro de agua que fue a estrellarse contra la pared opuesta.

Hans, medio derribado por el choque, no pudo reprimir un grito de dolor. Cuando sumergí mis manos en el líquido, lancé a mi vez una exclamación violenta y me expliqué el lamento del guía: el agua estaba hirviendo.

—¡Agua a 100° de temperatura! —exclamé.

—¡Ya se enfriará! —Me respondió mi tío.



LEYENDA DEL OMBÚ

Graciela Repún

En la pampa fértil, sembrar maíz puede ser una fiesta. Sobre todo si es la primera vez que se siembra.

La tribu entera está pendiente de los sembradíos. Siempre hay alguien controlando el estado de la tierra, espiando a ver si despunta alguna hojita nueva.

La vida de sus habitantes gira en torno del plantío. Es en lo primero en lo que piensan cada amanecer y de lo último de lo que hablan cada anochecer.

Solo la guerra puede acaparar por completo esa atención que los hombres destinan al plantío. Solo la guerra les roba atención a las plantas.

La guerra siempre roba. Roba hombres, vidas. Se los lleva a todos. En la toldería solo quedan mujeres y niños. El jefe, antes de irse, le ha dicho a Ombí, su mujer:

—Cuida las plantas de maíz. Te dejo a cargo.

Ombí asiente con la cabeza. No abre la boca porque no es mujer de muchas palabras.

Ese gesto, en ella, vale como un juramento. Ombí es hosca hasta con su familia. Le gustaría poder demostrarles cuánto los quiere, ser más cariñosa. Pero no sabe cómo hacerlo.



Tampoco sabe que su familia se da cuenta de sus sentimientos, porque sin hablar, con gestos, se las ha arreglado para cobijar a todos bajo su amor.

Y de amor se trata este encargo que le dejó su esposo. De amor a su tribu. De que no sufran de hambre nunca más.

Por eso, Ombí se ocupará del maíz día y noche para que las plantas crezcan sanamente.

Hasta que una gran sequía las deja sin agua ni sombra. Casi todo el maizal se quema bajo los rayos implacables.

Una única plantita sobrevive y es cuidada por Ombí con su vida.

Por más que la busquen para que se proteja del sol, Ombí permanece sobre ella haciendo sombra. La refresca con su aliento, la riega con su propia ración de agua. Incluso le habla.

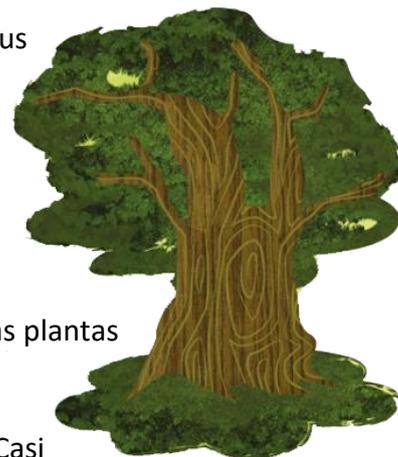
Le cuenta a la planta lo que nunca le ha dicho a nadie. Sus sentimientos, sus sueños, la necesidad que tiene la tribu de alimento, la desesperación por no tener noticias de su marido.

Su alma maternal se ensancha, para cubrirla más. Un viento fuerte comienza a soplar, y Ombí se enraíza a la tierra para no apartarse de la planta.

Así la encuentran los indios, transformada en una hierba gigante que se confunde con un árbol. El cabello enmarañado hecho copa. Silenciosa pero diciéndolo todo con su gesto de amparo.

Cuando el jefe regrese, el maíz ya estará crecido, pero a él no le importará. Irá a llorar a la sombra de su amada.

Irá a decirle lo que él tampoco nunca antes pudo decirle. Hasta que comprenda que, en realidad, no hace falta decir nada más.



LEYENDA DE LOS PAYACHATAS

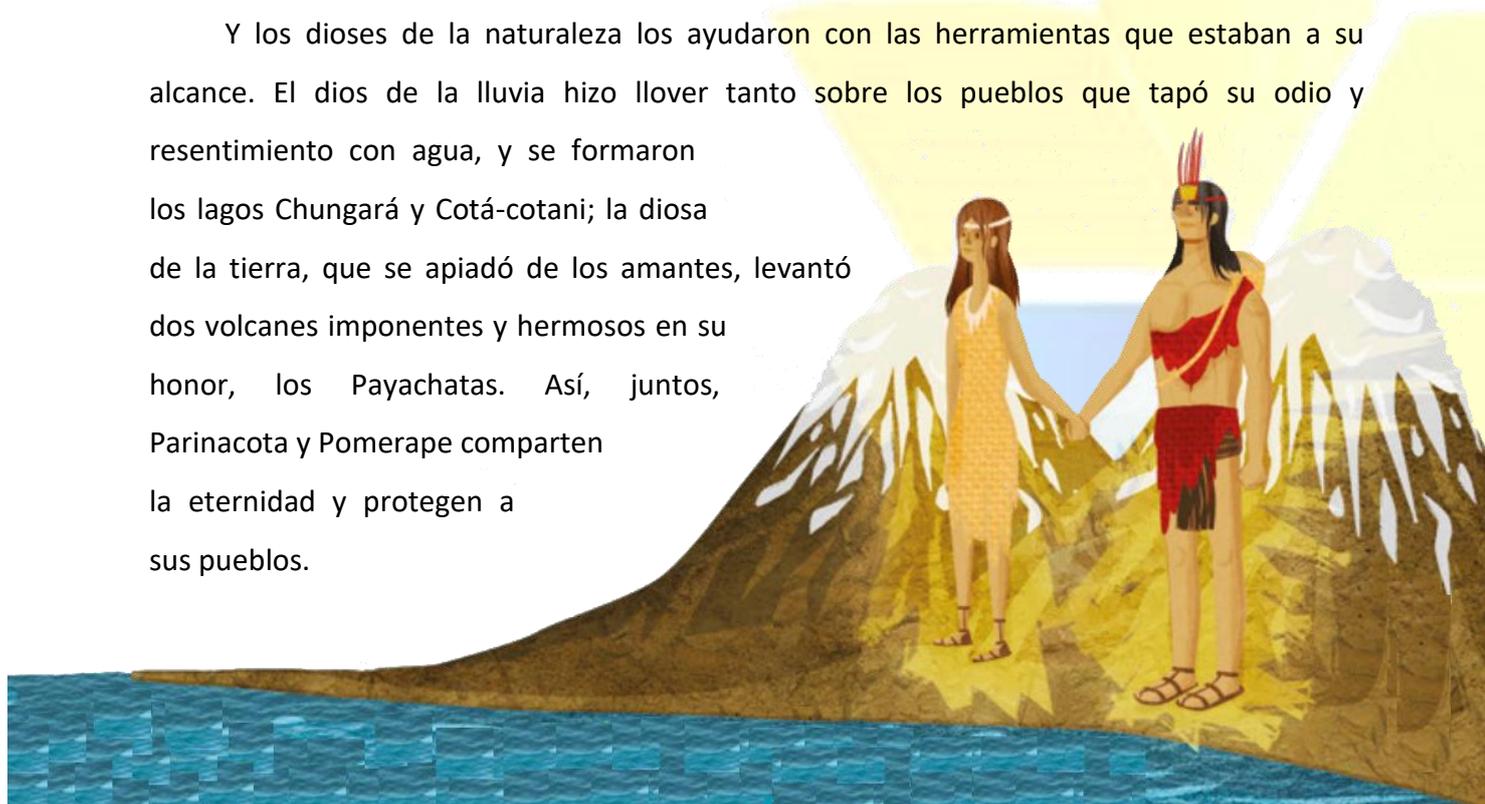
Versión de una leyenda Inca

Mucho tiempo atrás, cuando aún no habían sido creadas todas las criaturas y la Tierra todavía era maleable, existían dos pueblos incas que, a pesar de ser vecinos, estaban terriblemente enemistados. Se disputaban el derecho a dominar las tierras que compartían, y entre sus habitantes todo era discusiones, peleas, enfrentamiento y odio.

Quiso el destino que, por casualidad, Parinacota, el hijo del jefe de uno de los pueblos, se cruzara con la hija del jefe del otro pueblo, Pomerape. Sin saber quién era el otro, los jóvenes se amaron instantáneamente. Su amor era tan verdadero y puro que, cuando se enteraron de que pertenecían a pueblos enemigos, se quisieron aún más. Lo que sentían el uno por el otro tenía la fuerza de los vientos, la calidez de la luz del sol y la belleza de las flores.

Aunque toda la naturaleza festejaba esta unión, el odio de los humanos no podía entenderla ni conmoveerse por ella. Sus pueblos les exigieron que se separaran sin demora. Los jóvenes estaban desesperados: se debatían entre el amor que se profesaban y el deber hacia sus pueblos. Entre lágrimas y en busca de ayuda, recurrieron a los dioses de la naturaleza que habían bendecido su amor.

Y los dioses de la naturaleza los ayudaron con las herramientas que estaban a su alcance. El dios de la lluvia hizo llover tanto sobre los pueblos que tapó su odio y resentimiento con agua, y se formaron los lagos Chungará y Cotá-cotani; la diosa de la tierra, que se apiadó de los amantes, levantó dos volcanes imponentes y hermosos en su honor, los Payachatas. Así, juntos, Parinacota y Pomerape comparten la eternidad y protegen a sus pueblos.



EL HORNERO

Leyenda Guaraní

Cuentan que en las tribus que habitaban a orillas del río Paraguay, cuando los muchachos llegaban a cierta edad debían pasar tres pruebas. La primera consistía en correr muy rápido, mucho más que el viento veloz.

Para superar la segunda tenían que nadar de un lado al otro del río. Por último debían cumplir con un extraño ritual: quedarse acostados sin moverse, muy quietos, tan quietos que no podían ni siquiera pestañear, durante un largo tiempo.

Todos los jóvenes de esa tribu se entrenaban con gran dedicación para poder pasar esa prueba. Aprobarla, significaba pasar a ser adultos.

Una vez existió un joven llamado Jahé que sorprendió a todos con su destreza. Cuando le tocó realizar la primera prueba, muy pronto dejó atrás a los demás competidores. Cuando cruzó el río, mientras los otros luchaban para que la corriente no los llevara, él juntaba piedritas de colores que encontraba en el fondo. Cuando debió permanecer acostado, él se mantuvo tan quieto, que por más que saltaban, y hacían bromas a su alrededor, él permanecía inmóvil como una piedra. Así Jahé, pasó a ser un adulto. Lo que nadie sabía era que mientras el joven corría, en las alas del viento escuchó la voz de una mujer como el canto de un ave. Esa misma voz fue la que lo alentó mientras cruzaba el río Paraguay y la que le permitió concentrarse cuando debió permanecer quieto.

Como era costumbre en esa época, el jefe de la tribu premió a Jahé concediéndole la mano de su hija. Jahé no podía aceptar ese ofrecimiento, pues la melodía que escuchó



durante la prueba lo acompañaba día y noche. Jahé se había enamorado. El jefe de la tribu comenzaba a impacientarse por la falta de decisión del joven.

Una mañana el muchacho elevó sus brazos al cielo pidiendo a su amada que lo ayudara a decidir. Entonces volvió a escuchar su voz. Las manos de Jahé comenzaron a moverse al compás de una suave música, hasta que tomaron el movimiento de las alas de un pájaro. Los que observaban la escena vieron con asombro cómo el cuerpo del joven comenzaba a transformarse en un pájaro y se perdía volando en el aire. El ave era de color pardo y desapareció en los bosques que bordean el Paraguay. Buscó entre los árboles a su amada pero no la encontró. Construyó una casita de barro para resguardarse de los rayos, los vientos y las lluvias. Por fin una mañana la dulce cantora se posó en su nido y desde entonces es su compañera.



EL DUEÑO DEL SOL

Cuentos y leyendas de Argentina y América – Paulina Martínez

Hace mucho tiempo los guaraúnos, una tribu que habitaba en las orillas del Orinoco, no conocían al sol y vivían en total oscuridad.

Sin embargo los sabios y los ancianos aseguraban que el sol existía y que un hombre que vivía en las alturas, más allá de las nubes, lo tenía prisionero pero nadie sabía el lugar exacto donde se encontraba.

Ya habían partido muchos guaraúnos a recorrer las tierras en busca de un indicio pero todos habían fracasado.

Un día, un guaraúno que tenía dos hijas, después de mucho recorrer y averiguar, consiguió saber dónde estaba prisionero el sol y cómo se llegaba hasta allí.

Enseguida regresó a su rancho con la idea de enviar a su hija mayor a rescatarlo. Pensaba que al ser mujer podría tener mejor suerte.

El guaraúno habló con su hija largamente y le indicó el rumbo que debía seguir. Juntos rogaron a los dioses para que no le faltara su protección en ningún momento, y después de abrazar a su padre y a su hermana, salió en dirección al oeste.

La joven caminó sin descanso hasta llegar al horizonte y allí comenzó a subir por entre las nubes como si debajo de sus pies existiera una escalera invisible; un mundo sobrenatural mezclado de nubes blancas, rosadas y celestes se abrió entre sus ojos.

Por un momento se quedó extasiada ante el maravilloso paisaje pero al recordar el pedido de su padre empezó a observar detenidamente el lugar y detrás de una gran montaña de nubes descubrió la casa donde vivía el dueño del sol.

Golpeó la puerta y apareció un hombre de larga barba blanca y ceño fruncido que la observó de pies a cabeza sin decir una sola palabra.

—Mi padre quiere que saques al sol del escondrijo y lo dejes libre en el cielo, para que pueda alumbrar la tierra de abajo —dijo la muchacha atemorizada, ante tan extraño personaje.

—¡No! —contestó el dueño del sol.

—Mi padre te pide que liberes al sol y lo dejes correr por entre las nubes —repitió la muchacha, ahora con más firmeza.

—No lo haré —contestó el hombre—, márchate y no vuelvas a molestarme.

—¿Cómo te atreves a hablarme así? —increpó con severidad la guaraiina al comprobar la obstinación del hombre—. ¿No piensas liberar al sol?

—No, yo soy su dueño y sólo brillará para mí cuando yo quiera — contestó el hombre—.

—Pero, ¿es que no piensas en toda la gente que vive allá abajo en la oscuridad, sin nada que entibie sus cuerpos, cuando sienten frío? — siguió insistiendo la muchacha sin darse por vencida; mientras tanto observaba la casa para ver si lograba descubrir dónde estaba encerrado el sol.



Por fin vio, en un rincón, una extraña y grandísima bolsa

colgada del techo y se quedó mirándola con la sospecha de que allí estaba el sol.

El hombre al ver que la guarauna estaba a punto de descubrir su secreto gritó:

—¡Cuidado! No se te ocurra tocar eso.

Por el tono de la voz y el nerviosismo que demostró el hombre, la guarauna no tuvo la menor duda de que allí estaba encerrado el sol. Sin hacer caso a la amenaza del hombre, se lanzó de un salto sobre la bolsa y la rompió de un manotazo.

Inmediatamente apareció el rostro luminoso del sol, rojizo y deslumbrante. El calor y la luz de sus rayos se esparcieron sobre las nubes, sobre los cerros, la selva, la tierra y la gente de abajo. Con su claridad traspasó el mismo fondo de los ríos y los mares y alumbró la región de los que vivían debajo del agua.

El hombre, al ver su secreto descubierto, y que ya no podría volver a atrapar al sol, lo empujó con rabia hacia al este y lanzó la bolsa rota hacia el oeste, y allí quedaron colgados. La luz potente del sol iluminó la bolsa y así se convirtió en la luna.

Mientras tanto la guarauna huyó con todo lo que le daban sus fuerzas, antes de que el hombre pudiera descargar sobre ella la furia que sentía.

Cuando llegó a la tribu, la encontró desconocida al estar iluminada por el sol; la gente miraba asombrada aquella masa luminosa y levantaba sus brazos orando para dar gracias a los dioses.

Al llegar a su rancho, el padre salió a recibirla, feliz por tenerla nuevamente a su lado. El guaraúno no hacía más que contemplar la hermosura del sol brillante en el cielo.

El único inconveniente era que el astro rey hacía su recorrido por el cielo demasiado rápido y los días eran muy cortos. Pasaba apenas medio día y el sol se ocultaba detrás de los cerros quedando

iluminados únicamente por el tenue reflejo de la luna. Entonces el guaraúno llamó a su hija menor y le dijo:

—Vete al este; espera a que salga el sol y empiece a hacer su recorrido por el cielo. Cuando apenas haya comenzado a caminar, átale con cuidado esta tortuga.

La hija menor hizo lo que su padre le había pedido y logró enganchar a la tortuga en uno de sus rayos. La lentitud de la tortuga impidió que corriera demasiado y esta vez el sol iluminó la tierra un día entero, tal como lo tenían calculado los guaraúnos.

Cuando el sol se esconde detrás de los cerros, llega la noche y con ella la luna, que sigue el camino del sol, reflejando la luz que le envía desde el oeste.



INSTRUCCIONES PARA SUBIR UNA ESCALERA

Julio Cortázar

Nadie habrá dejado de observar que con frecuencia el suelo se pliega de manera tal que una parte sube en ángulo recto con el plano del suelo, y luego la parte siguiente se coloca paralela a este plano, para dar paso a una nueva perpendicular, conducta que se repite en espiral o en línea quebrada hasta alturas sumamente variables. Agachándose y poniendo la mano izquierda en una de las partes verticales, y la derecha en la horizontal correspondiente, se está en posesión momentánea de un peldaño o escalón. Cada uno de estos peldaños, formados como se ve por dos elementos, se sitúa un tanto más arriba y adelante que el anterior, principio que da sentido a la escalera, ya que cualquiera otra combinación producirá formas quizá más bellas o pintorescas, pero incapaces de trasladar de una planta baja a un primer piso.

Las escaleras se suben de frente, pues hacia atrás o de costado resultan particularmente incómodas. La actitud natural consiste en mantenerse de pie, los brazos colgando sin esfuerzo, la cabeza erguida aunque no tanto que los ojos dejen de ver los peldaños inmediatamente superiores al que se pisa, y respirando lenta y regularmente. Para subir una escalera se comienza por levantar esa parte del cuerpo situada a la derecha abajo, envuelta casi siempre en cuero o gamuza, y que salvo excepciones cabe exactamente en el escalón. Puesta en el primer peldaño dicha parte, que para abreviar llamaremos pie, se recoge la parte equivalente de la izquierda (también llamada pie, pero que no ha de confundirse con el pie antes citado), y llevándola a la altura del pie, se le hace seguir hasta colocarla en el segundo peldaño, con lo cual en éste descansará el pie, y en el



primero descansará el pie. (Los primeros peldaños son siempre los más difíciles, hasta adquirir la coordinación necesaria. La coincidencia de nombre entre el pie y el pie hace difícil la explicación. Cuidese especialmente de no levantar al mismo tiempo el pie y el pie).

Llegado en esta forma al segundo peldaño, basta repetir alternadamente los movimientos hasta encontrarse con el final de la escalera. Se sale de ella fácilmente, con un ligero golpe de talón que la fija en su sitio, del que no se moverá hasta el momento del descenso.

INSTRUCCIONES PARA LLORAR

Julio Cortázar

Dejando de lado los motivos, atengámonos a la manera correcta de llorar, entendiendo por esto un llanto que no ingrese en el escándalo, ni que insulte a la sonrisa con su paralela y torpe semejanza.

El llanto medio u ordinario consiste en una contracción general del rostro y un sonido espasmódico acompañado de lágrimas y mocos, estos últimos al final, pues el llanto se acaba en el momento en que uno se suena enérgicamente.

Para llorar, dirija la imaginación hacia usted mismo, y si esto le resulta imposible por haber contraído el hábito de creer en el mundo exterior, piense en un pato cubierto de hormigas o en esos golfos del estrecho de Magallanes en los que no entra nadie, nunca.

Llegado el llanto, se tapaná con decoro el rostro usando ambas manos con la palma hacia adentro. Los niños llorarán con la manga del saco contra la cara, y de preferencia en un rincón del cuarto. Duración media del llanto, tres minutos.



VIAJES

Julio Cortázar

Cuando los famas salen de viaje, sus costumbres al pernoctar en una ciudad son las siguientes: Un fama va al hotel y averigua cautelosamente los precios, la calidad de las sábanas y el color de las alfombras.

El segundo se traslada a la comisaría y labra un acta declarando los muebles e inmuebles de los tres, así como el inventario del contenido de sus valijas.

El tercer fama va al hospital y copia las listas de los médicos de guardia y sus especialidades. Terminadas estas diligencias, los viajeros se reúnen en la plaza mayor de la ciudad, se comunican sus observaciones, y entran en el café a beber un aperitivo. Pero antes se toman de las manos y danzan en ronda. Esta danza recibe el nombre de “Alegría de los famas”.

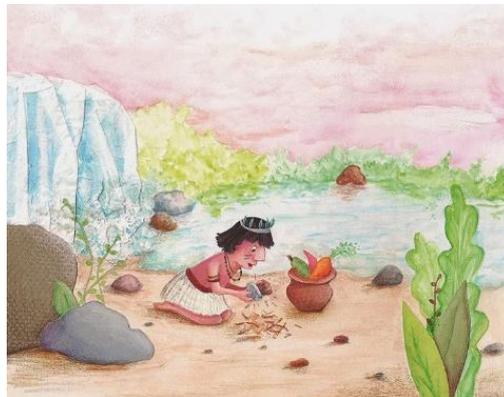
Cuando los cronopios van de viaje, encuentran los hoteles llenos, los trenes ya se han marchado, llueve a gritos, y los taxis no quieren llevarlos o les cobran precios altísimos.

Los cronopios no se desaniman porque creen firmemente que estas cosas les ocurren a todos, y a la hora de dormir se dicen unos a otros: “La hermosa ciudad, la hermosísima ciudad”. Y sueñan toda la noche que en la ciudad hay grandes fiestas y que ellos están invitados. Al otro día se levantan contentísimos, y así es como viajan los cronopios. Las esperanzas, sedentarias, se dejan viajar por las cosas y los hombres, y son como las estatuas que hay que ir a ver porque ellas no se molestan.

ATUEL AÚN LLORA

Fabián Sevilla

Atuel. Lindo nombre, ¿verdad? Para algunos, significa “lamentos o quejidos”. Para otros, “tierra de las almas o de los espíritus”. Porque eso es hoy Atuel: un espíritu que corre libre, fresco, claro; pero que también llora. Que da vida, mantiene verde y fértil lo que hasta hace unos cinco siglos era total desierto, contra el cual había que luchar a brazo



partido. Aunque también se lamenta. ¿Por qué aún llora Atuel? ¿Por qué se lamenta? La tribu del cacique Talú era una de las tantas que ocupaban una parte del sur de la actual provincia de Mendoza. Su padre había muerto cuando él era muy jovencito. Igual, Talú asumió el cacicazgo con responsabilidad y lo cumplió dando muestras de sabiduría y justicia. Pacífica y feliz era aquella gente. Pero de un día para el otro, como si las deidades se hubieran encaprichado contra ellos, una gran sequía comenzó a azotar la región. Los primeros en morir fueron los más débiles: ancianos y niños. Siguieron las mujeres. Talú era muy decidido. Ante tanta fatalidad, organizó a sus hombres y partió con ellos en busca de agua para salvar a los suyos. Y así, se aventuraron a sitios que ni sabían que existían. Pero en su avance, lo único que hallaban era pura tierra reseca, cuarteada por la sed y castigada por un sol imposible, incansable.

Fue en una de estas expediciones que Talú y sus hombres llegaron hasta un valle en el cual se levantaba una casucha. Ahí vivían un español y su hija: Clara. El hombre, que había conocido al padre de Talú, los recibió, les dio de beber y les permitió descansar a la sombra de su pobre techo. Con el tiempo, los indios pasaron varias veces por aquella casa, se quedaban un tiempito y seguían camino tras el agua que parecía esquivarlos. Fue en ese ir y venir que Talú y Clara comenzaron a quererse. Por supuesto, al español la idea no le gustó para nada. Pero confiaba en la cordura de la muchacha y hacía como que no veía el modo en que la cristiana y el indio se miraban; simulaba no oír lo que se decían; ni se preocupaba por cómo le cambiaba el humor a Clara cuando Talú y los suyos aparecían o se marchaban. Esto sucedió hasta el día en que Clara decidió marcharse con aquel hombre con el que ya soñaba,

dormida o despierta. No sin una inicial resistencia, el español finalmente la dejó partir, pero se quedó con la espina en la garganta. Podía ser amable y solidario, pero aquello sobrepasó los límites. Clara llegó a la tribu y fue recibida con respeto. A las mujeres les llamaba la atención su piel pálida, sus ojos azules y su cabello rubio. A la joven, le fascinaba cómo ellas trabajaban a la par de sus maridos; el sabor de las comidas que cocinaban; y las maravillosas vasijas que hacían surgir de la arcilla. Las imitó y pronto fue una más entre todas. No pasó mucho hasta que Talú la tomó como esposa. Tampoco tardó en nacerles un niño. Llegó con los rasgos de su padre impresos en la cara, pero con la claridad de su madre en la piel y su azul, en la mirada. Lo llamaron Atuel, porque creyeron que en él reposaban las almas de los ascendientes de ambos, venidos de diferentes mundos pero, a través de él, fusionados en uno. Sin embargo, el nacimiento del hijo del cacique no tuvo festejo. La sequía ya se había tragado las vidas de muchos pequeños, ancianos y mujeres. Pero faltaba lo peor: el padre de Clara se cruzó con una partida de soldados. A ellos dijo que su hija había sido cautivada por un malón y necesitaba de su ayuda para recuperarla. Les habló de un ataque contra él. De cómo destruyeron sus pocas pertenencias. Y de la resistencia de Clara para evitar ser arrastrada por ese cacique violento, sanguinario. Convencidos con ese relato, los soldados volvieron al fuerte y se apertrecharon para ir al rescate de la cristiana. Y cobardemente, pues sabían que la comunidad de Talú no usaba armas, los atacaron en medio de la noche. Fue un combate feroz, con desigualdad de fuerzas. Los hombres de Talú pudieron resistir un poco, pero estaban tan débiles que, antes de que el sol asomara, habían sido vencidos por completo. Muchos, incluido Talú, quedaron tendidos en esa misma tierra que, de tan seca, no serviría para sus tumbas.

En medio de la confusión del ataque, Clara pudo escapar. Dejó atrás la aldea en llamas, las viudas aullando su pena, los huérfanos sin entender qué sucedía y a pocos hombres agonizando. Con Atuel en los brazos, se dejó tragar por la noche y siguiendo su instinto se encaminó hacia las montañas. Cuando, al oeste, la cordillera se le presentó como un muro insalvable creyó estar a buena distancia de aquella destrucción. Se dejó caer de rodillas y rogó a las deidades que enviaran agua para salvar a los de la tribu. En medio de su pedido, sufría por la pérdida de su amado cacique. Así, de rodillas sobre la tierra seca y pedregosa de un alto cerro, esperó la respuesta. Pero las deidades no parecían querer ayudarla. Desesperada, hizo una ofrenda: su vida y la de Atuel. Pensó que Talú se sentiría orgulloso de

ella y que, como esposa del cacique, aquél era su deber. Pasaron los días y ella seguía arrodillada, sin soltar a su hijo. El sol, la sed, el frío de la noche, pronto comenzaron a dominarlos. Y al momento de morir, madre e hijo dijeron adiós a este mundo que tan mal los trataba dejando caer una lágrima. Una cada uno. Aquellas dos gotitas tocaron el suelo y abrieron huequitos. De ellos brotó una tímida surgente. A medida que ganaba la pendiente, fue un tenue cauce que pronto se convirtió en un río que iba pidiendo permiso. Partiendo de entre dos cerros, se abrió paso y cuando llegó a la par de la aldea era caudaloso, claro, sonoro. Las mujeres dieron de beber a sus hijos. Los ancianos agradecieron a los dioses. Los heridos pudieron curarse. Pronto la vida y alegría retornó a la aldea. Y fue recién entonces que todos notaron la ausencia de Clara y el pequeño Atuel. Y comprendieron que aquel milagro era resultado del sacrificio de ambos. Transcurrió exactamente un año. La noche en que aquel tiempo se cumplió, el río comenzó a sonar a llanto de niño. Por eso, el nuevo cacique reunió a toda la tribu para comunicarles que los dioses le habían informado en sueños que aquel cause salvador debía llevar el nombre de Atuel: sus aguas lloraban como el hijo de Talú y Clara. Desde entonces, lo que hasta hoy se llama río Atuel se caracteriza por su claridad, como reflejo de la pureza y fidelidad a esa mujer hacia su esposo. Pero también hasta hoy el río suena a niño llorando. Si se presta atención, dicen algunos, podrá verse al espíritu de Atuel desnudito, yaciendo sobre una cuna, que en realidad es el hueco de una piedra en una de las orillas. De sus ojos brotan lagrimitas. Son de tristeza, por el destino que tuvieron muchos de los de su origen. Pero también, de alegría, por haber dado origen a la fuente que convirtió aquella región en lo que actualmente es: un oasis.

CALIGRAMAS I

Jorge Eslava

azul
brillante
el Ojo el
pico anaranjado
el cuello
el cuello herido
pájaro de papel y tinta que no vuela
que no se mueve que no canta que no respira
animal hecho de versos amarillos
de silencioso plumaje impreso
tal vez un soplo desbarata
la misteriosa palabra que sujeta
sus dos patas
patas
patas
patas
patas
patas
patas
patas
patas
patas a mi mesa

CALIGRAMAS II: TEXTO QUE SE ENCOGE

Guillermo Cabrera Infante

Texto que se encoge

Y el dueño se achicó, si es que podía hacerlo todavía y
fue el hombre increíblemente encogido, pulgarcito
o meñique, el genio de la botella al revés y
se fue haciendo más y más chico,
pequeño, pequeñito, chimiriquitico
hasta que desapareció por
un agujero de ratones al
fondo-fondo-fondo,
un hoyo que
empezaba
con
o

AGUA, ¿DÓNDE VAS?

Federico García Lorca

Agua, ¿dónde vas?

Riendo voy por el río
a las orillas del mar.

Mar, ¿adónde vas?

Río arriba voy buscando
fuente donde descansar.

Chopo, y tú ¿qué harás?
No quiero decirte nada.
Yo..., ¡temblar!

¿Qué deseo, qué no deseo,
por el río y por la mar?

Cuatro pájaros sin rumbo
en el alto chopo están.



LUNA TUCUMANA

Atahualpa Yupanqui

Yo no le canto a la luna
porque alumbra y nada mas,
le canto porque ella sabe
de mi largo caminar.

Ay lunita tucumana
tamborcito calchaquí,
compañera de los gauchos
en las sendas de Tafi.

Perdida en las cerrazones
quien sabe vidita
por donde andaré
mas, cuando salga la luna,
cantaré, cantaré.

A mi Tucumán querido
cantaré, cantaré, cantaré.

Con esperanza o con pena
en los campos de Acheral
yo he visto a la luna buena
besando el cañaveral.

En algo nos parecemos
luna de la soledad:
yo voy andando y cantando
que es mi modo de alumbrar.

Perdida en las cerrazones
quien sabe vidita
por donde andaré
mas, cuando salga la luna,
cantaré, cantaré.

A mi Tucumán querido
cantaré, cantaré, cantaré.



TIRÉ LA LÍNEA

Silvia Schujer

Tiré la línea,
piolín y anzuelo
luna de arena
pesqué en el cielo.

La traje a casa
la baje al suelo
tendí su cama
sobre un pañuelo.

Luna de arena
si me desvelo
será la noche
que perdió vuelo.



LA MARIPOSA

Federico García Lorca

Mariposa del aire
¡que hermosa eres!
Mariposa del aire
dorada y verde.

Luz de candil...
Mariposa del aire,
quédate ahí, ahí, ahí.

No te quieres parar,
pararte no quieres...
Mariposa del aire,
dorada y verde.

Luz de candil...
Mariposa del aire,
quédate ahí, ahí, ahí.
quédate ahí.
Mariposa ¿estás ahí?



LUNA LLENA

Antonio Machado

Luna llena, luna llena,
¡tan oronda, tan redonda,
en esta noche serena
de Marzo, panal de luz
que labran blancas abejas!



EL MAMBORETÁ

Ruth Hillar | Daniel Bianchi – Laura Ibáñez

Les voy a contar.... de un mamboretá
que pasó confiado por la puerta del
hormiguero.

Una hormiga dijo “Yo lo vi primero”
y de la patita hasta la entrada lo llevó.

Que susto se dio.... el mamboretá.
Preocupado tira, tira, tira de la patita,
pero en la otra punta hay tantas hormigas,
que viene en su ayuda la bonita panambí.

Con la panambí.... el mamboretá
preocupado tira, tira, tira de la patita
pero en la otra punta hay tantas hormigas,

que viene en su ayuda el gracioso kururú.
Con el kururú, con la panambí.... el
mamboretá
preocupado tira, tira, tira de la patita
pero en la otra punta hay tantas hormigas,



que viene en su ayuda el valiente yacaré.

Con el yacaré, con el kururú, con la
panambí.... el mamboretá
preocupado tira, tira, tira de la patita
pero en la otra punta hay tantas hormigas,
que viene en su ayuda el tranquilo ñurumí.

Con el ñurumí, con el yacaré, con el
kururú,

con la panambí.... el mamboretá
preocupado tira, tira, tira de la patita.

Cuando el ñurumí ve que son hormigas,
se relame y dice - Hora de desayunar-

Les voy a contar... de un mamboretá
que pasó confiado por la puerta del
hormiguero,

con el ñurumí, como compañero.

Pero las hormigas no salieron ni a mirar.

YO NO ME ARREGLO SOLITO

Midón y Gianni

Si cada cual cuida su quintita
sin pensar en los demás...
cuando necesite agua
ni una gota encontrará

Yo no me arreglo sóloito,
yo no me quiero arreglar.
Yo no me arreglo sóloito,
necesito a los demás.

Si cada cual se mira el ombligo
y no ve a su alrededor...
se choca con las paredes
y le duele el corazón.
Yo no me arreglo sóloita,
necesito a los demás.

Si cada cual cuida su casita
y sus cosas, nada más...
y se cierra con candado,
nunca nadie le abrirá...

Yo dejo una puerta abierta
para que se pueda entrar.
Yo dejo una puerta abierta
para que se pueda entrar.

Si cada cual se cubre del frío
y no abriga a los demás...
finalmente se descubre
porque el frío es general.

Yo no quiero tener frío
ni que tengan los demás.
Yo no me arreglo sóloito,
yo no me quiero arreglar.

LA VACA ESTUDIOSA

María Elena Walsh

Había una vez una vaca
en la quebrada de Humahuaca
Como era muy vieja, muy vieja
estaba sorda de una oreja
Y a pesar de que ya era abuela
un día quiso ir a la escuela.

Se puso unos zapatos rojos
guantes de tul y un par de anteojos
La vio la maestra asustada
y dijo: "Estás equivocada"
Y la vaca le respondió:
"¿Por qué no puedo estudiar yo?"

La vaca vestida de blanco
se acomodó en el primer banco
Los chicos tirábamos tiza

y nos moríamos de risa
La gente se fue muy curiosa
a ver a la vaca estudiosa

La gente llegaba en camiones
en bicicletas y en aviones
Y como el bochinche aumentaba
en la escuela nadie estudiaba
La vaca de pie en un rincón
rumiaba sola la lección

Un día toditos los chicos
nos convertimos en borricos
Y en ese lugar de Humahuaca
la única sabia fue la vaca
Y en ese lugar de Humahuaca
la única sabia fue la vaca



CALIGRAMAS (1)

ÉRASE
Una vez
Mi PERRO
Es un poco
PERO Largo Budo
Extremadamente
Largo
Es algo travieso
PERO BUENO
¡TAN BUENO!
Es algo ruidoso
PERO ALEGRE
¡tan Juuetón!
Érase una vez
Un perro increíble
Sabe ser androide
Pirata o vampiro
Porque siempre juega a lo que juego yo

CALIGRAMAS (2)

TODAS LAS TARDES
SALIDAS,
MI GATA MIRA SENTADA EN
LA LANTANA,
ASUNUEVA AMIGA.

PERO ELLA NO INDIAGA
QUE HAY UN ESPEJO,
NI SABE QUE ES
SU GATA... ES SU REFLEJO.

TRABALENGUAS

Aceituna, ¡desaceitunízate!

Yo lo coloco y ella lo quita.

¿Usted como come?

¿Como que como como?

Yo como como como.

El amor es una locura
que ni el cura lo cura
y si el cura lo cura
es una locura de cura.

Hay suecos en Suiza y hay suizos en
Suecia.

Pero hay más suizos en Suiza que suizos
en Suecia
y más suecos en Suecia que suecos en
Suiza.

¡Boquerones de la boqueronería!

Abrí cajones y cogí cordones,
cordones cogí y cajones abrí.

Los cojines de la reina, los cajones del
sultán.

¡Qué cojines! ¡qué cajones!, ¿en qué
cajonera van?.

¿Si de aquí nos caemos

nos desnarizonaremos?

¿Cómo quieres que te quiera?

Si el que quiero que me quiera

no me quiere como quiero que me quiera.

Cerezas comí,
cerezas cené,
de tanto comer cerezas
me encerecé.

¿Por qué se llama a la cama cama y a la
cómoda cómoda,
si es más cómoda la cama que la cómoda?

¿Por qué se llama a la bota bota y a la
pelota pelota,
si bota más la pelota que la bota?

Con este puñal de acero me
descorazaría.

No me mires, que miran que nos miramos.
Miremos la manera de no mirarnos.
Mira: no nos miremos y cuando no nos
miren, nos miraremos.

Teresa trajo tizas hechas trizas.

Nadie silba como Silvia silba
y si alguien silba como Silvia silba

fue que Silvia le enseñó a silbar.

Cuando cuentes cuentos,
cuenta cuantos cuentos cuentas,
porque si no cuentas cuantos cuentos
cuentas,
nunca sabrás cuantos cuentos sabes
contar.

Lina lía lianas,
Lucía las luce,
Leo las lanza.

El que poca papa gasta poca papa paga.

Debajo de un carro había un perro,
vino otro perro, le mordió el rabo
y el pobre perro no marchó corriendo,
marchó rabiando.

Si cien sierras sierran cien cipreses
seiscientas sierras sierran seiscientos
cipreses.

La reina del Alto Volta está altovoltizada.
El desaltovoltizador que la desaltovoltice
buen desaltovoltizador será.

Sobran preciosos sombreros a precios
asombrosos.

¡Saca el saco de sal al sol que se seque!

¡Qué col colosal colocó en aquel local el
loco aquél!

Yo he dado tanto yodo al mar
que el mar al que yodo yo he dado
ahora no es un mar normal,
ahora es un mar yodado.

La torre de Pisa cayó bastante deprisa.

Contigo entró un tren con trigo.
Un tren con trigo contigo entró.

La lluvia en Sevilla es una maravilla.

Me trajo Tajo tres trajes, tres trajes me
trajo Tajo.

¡Qué ingenuo es Eugenio! ¡Y qué genio
tiene el ingenuo Eugenio!

Como poco coco como, poco coco
compro.

Andes lo que andes nunca andes por los
Andes.

ADIVINANZAS

Luis Pescetti

TIENE OREJAS DE GATO Y NO ES GATO,
OJOS DE GATO Y NO ES GATO,
PATAS DE GATO Y NO ES GATO,
COLA DE GATO Y NO ES GATO.
¿QUÉ ES?

BLANCA POR DENTRO

VERDE POR FUERA

SI QUIERES QUE TE LO DIGA

ESPERA



CONÓCETE A TI MISMO

Mafalda - Quino



DÍA DE PESCA

Patoruzito - Dante Quinterno



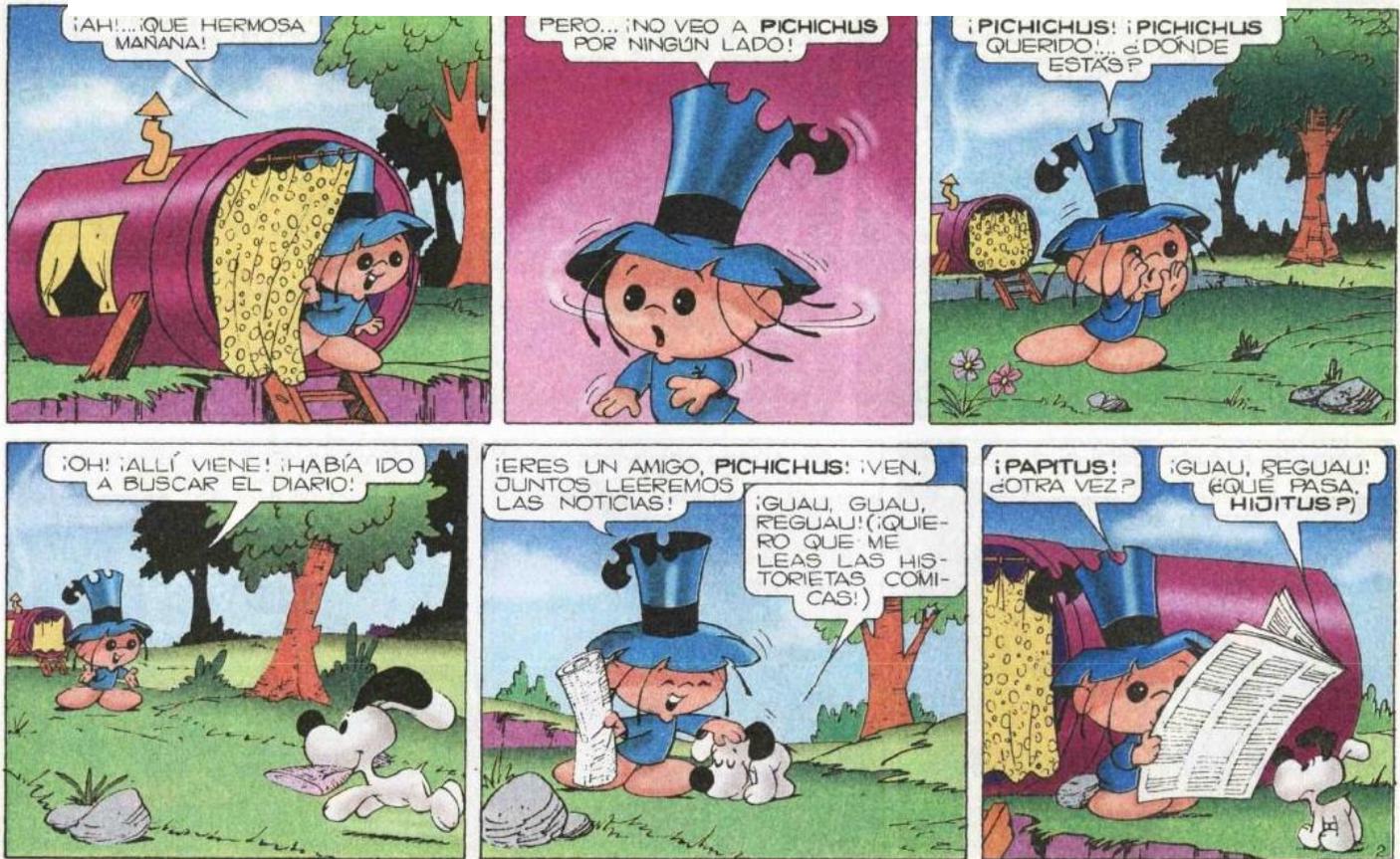
IDENTIDAD

Clemente - Caloi



LAS NOTICIAS

Hijitus – Manuel García Ferré



HACER REIR

Inodoro Pereyra - Fontanarrosa

